

// Reseñas //



***Ciudad sin sombras***

Lucas Daniel Cosci

EDUNSE

2018

**Agustina Garnica<sup>1</sup>**

Recepción: 22 de octubre de 2021 // Aprobación: 2 de noviembre de 2021

*Ciudad sin sombras* (EDUNSE, 2018) es la última novela de Lucas Daniel Cosci, escritor, docente e investigador de la Universidad Nacional de Santiago del Estero y de la Universidad Nacional de Tucumán.

En las calles de hambre y fuego de Santiago del Estero en los noventa, Tristán Santos compra y vende libros usados a domicilio. Así se gana la vida. Es el protagonista de una novela que su recorrido, la trama parece transitar en los bordes del policial y tiene, en mi lectura, el clima de una tragedia. Tristán es un poeta devenido narrador por la impiedad de su propio destino. Es quien relata infortunios con la intención de redimirse, es quien declara

---

<sup>1</sup> Doctora en Humanidades (área Filosofía) por la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). Auxiliar docente graduada de la cátedra de Pensamiento Filosófico. E.mail: [agustinagarnica84@gmail.com](mailto:agustinagarnica84@gmail.com)

“voy a contar esta historia para mostrar que soy sublime”. Es quien defiende un principio de lectura de la realidad según el cual detrás de todo hay una causa y por delante, un propósito. Es un creyente del destino. Así es como termina en lugares que no elige, hace cosas que no quiere hacer, sostiene vínculos a costa de sí mismo y desconoce las consecuencias de sus propias decisiones.

El oficio de librero empuja a Tristán al encuentro tan fatal como providencial con Gastón Mendoza, un coleccionista “que no leía mucho que digamos de su propia colección”, un cliente con quien teje una relación extraña, enigmática. Pero sobre todo es, a fin de cuentas, el personaje que usa el narrador para hablar de su concepción de literatura, de la paradoja que implica publicar un poema, de la ética del escritor. Cuando Gastón muere, su viuda le regala a Tristán toda la biblioteca y con ella, un ejemplar de la edición de 1929 de *Fervor de Buenos Aires* de Borges. El protagonista lee en el hecho una señal contundente del destino: tiene en sus manos la primera edición del libro que “de algún modo lo había acompañado desde siempre en su propia poesía”. Al recibirlo, Tristán cree recuperar el sentido de su vida y se siente excepcional. El libro se transforma en la clave de lectura de todo lo que le pasa y en la fibra con la que hilvana sus obsesiones en torno a las palabras. Con la edición príncipes de *Fervor...* en mano, Tristán es -aún sin haber publicado un solo poema- parte del linaje de los poetas. Magdalena, su mujer, consciente de las deudas que tiene la pareja y del alivio que significaría el dinero que pagarían por ese libro presiona para venderlo, pero él se niega. Desde Buenos Aires aparece Fortunato Rosas, un posible comprador que se comunica con insistencia hasta que logra, a través de Magdalena, torcerle la voluntad a Tristán y transformarse en el nuevo dueño de ese “tesoro de la historia”. Todo lo que sucederá después de la venta del libro es narrado por Tristán como una sucesión de eventos trágicos.

Los personajes que dan vida a *Ciudad sin sombras* tienen en común un tono de marcada solemnidad. Ya sea por la devoción a la literatura y los libros o por efecto de una realidad material que los apremia, hay varias escenas en las que las conversaciones se vuelven espesas y el clima, sofocante. El lector puede imaginarlos hablando, discutiendo o caminando sobre baldosas calientes bajo la pesadez de un día que dilata su partida. Tristán habla con Gastón y en un diálogo de apenas diez brevísimas entradas nos dice que concibe a la escritura como evocación, como juego, como la conversación del escritor con la literatura que ha leído. Tristán discute con Magdalena y dejan en evidencia la distancia insalvable que los separa: “Yo

soy libre y ella no. Yo puedo diferirme hasta el fin, ella está coaccionada a resolver lo urgente”. Tristán piensa en Fortunato Rosas y en su refinada ambición y lo llama “el dueño de la voz que odio”. Pero el autor hace un gesto clave: interrumpe la solemnidad para que no resulte aplastante. Inserta un personaje capaz de provocar la sonrisa cómplice o la carcajada espontánea del lector: Azucena Stravío, una vieja conocida de otros tiempos de Tristán que entre un encuentro casual y otro premeditado le cuenta una anécdota desopilante que involucra a Borges y, otra vez, a *Fervor de Buenos Aires*. No sin reconocer la frescura de esta mujer, “su simpleza, su indomable apego al cuerpo y a la vida”, Tristán se resiste al humor y ve en el encuentro con ella una señal más en la trama de su desgracia. Pero después de las tres páginas en las que Azucena cuenta la historia, el lector queda más liviano.

*Ciudad sin sombras* despliega una ética de la escritura que va en tres direcciones. *La ciudad sin sombras* es también el título del libro de poemas del propio Tristán, una edición artesanal de veintidós ejemplares que nunca salen de su dominio presas de la compulsión a seguir corrigiéndolos (y aquí el texto parece evocar a Abelardo Castillo cuando dice “corregir encarnizadamente un texto no es una tarea retórica o estilística, es un trabajo espiritual”). Por otro lado, si Tristán entiende que un texto poético está en permanente diálogo consigo mismo, publicarlo significa darle un punto final a la conversación: “hacer un libro es inmovilizar el poema”. Como si la carga moral aún no fuese suficiente, el protagonista encarna el mito siempre vivo del encuentro casual/causal del lector con un libro. La sobrecarga de sentido de este encuentro crea el efecto de un apego exagerado, extremo, lo hace decir “lo único que quería en el mundo era tenerlo conmigo”; en otro lado “era mi deber sostener ese vínculo en el tiempo”.

La tragedia, la ética del escritor, la idea de cierta jerarquía del texto poético, los encuentros y desencuentros entre los personajes, tienen lugar en la geografía urbana de Santiago capital. El autor de *Ciudad sin sombras* establece claramente sus coordenadas: menciona calles, esquinas, plazas y edificios públicos. Es en esa geografía que Tristán encarna el mito del paseante solitario: se aleja de las rutinas y de lo doméstico para pensar. Busca los bordes de la ciudad de a ratos “para reconstruir el mundo desde una sombra”. Como consecuencia de sus actos, por efecto de la tragedia, como saldo de su desgracia pierde la posibilidad de actuar como si se extraviara en una ciudad que, en realidad, conoce de memoria. Pierde finalmente lo que siempre ha defendido frente a los reclamos de Magdalena:

la libertad del acto poético, pierde la ética de la creación frente a la abrupta presión mercantil de los acopladores ambiciosos de arte en tiempos del materialismo liberal.

Como señalé al comienzo, el clima de tragedia urbana que se respira al entrar en esta novela es producto de la lectura que hace Tristán, el protagonista, de su propia historia: decide contar lo que ocurrió (y lo que él mismo hizo) como si fueran hechos ajenos a su voluntad, producto de la fatalidad de un destino del que no pudo huir. Detrás de la aparición de un ejemplar de la primera edición de *Fervor de Buenos Aires* de Borges, afloran en los personajes las miserias más profundas. Movidos por diferentes intereses en torno al libro, pronto se verán envueltos de una historia de crimen, traición y soledad.